

Baroja filósofo

La medicina ha dado más filósofos que otras profesiones, por cuanto en ella se nos muestra el hombre en sus curvas de nivel existencial, dolor y muerte. Baroja, médico fugaz del dolor físico, iba a ser permanente auscultador del dolor anímico. A ello le empujaba también su propio fondo endotímico. Salvo honrosas excepciones, sin embargo, los «médicos filósofos» hispanos han salido habitualmente poco airosos de su hacer doctrinario, incidiendo en hipertrofias intelectualistas desde filosofías caseras donde pululaban los lugares comunes del casticismo español, a su vez repleto de moralismo a granel.

El árbol de la ciencia barojiana hace honor a su nombre, distanciándose de la línea anterior. Moralizamos demasiado¹, y ese demasiado, demasiado hipócritamente, puesto que no hay valores absolutos, siendo la moral un invento de cada pueblo². Nietzsche se encarga de la ironía demoledora, y Schopenhauer —sobre la base de la Crítica de la razón pura kantiana que relega las nociones de Dios, alma y mundo al nivel de postulados de la razón práctica— va a servir de elemento mayeútico y constructivo. Los pilares Nietzsche-Schopenhauer-Kant tienen a su vez una honda raíz, como señala Ortega, en el cinismo contestatario, opuesto a lo convencional, de Diógenes el Perro y Krates el Tebano³. Pertrechado con esta genealogía ilustre, cabalgará don Pío.

Nietzsche ha demolido casi todo. Schopenhauer erigirá sobre esa demolición el monumento al dolor. Y la filosofía de su discípulo Baroja será de botica: en un platillo de la balanza el placer y en el otro el dolor. Don Pío será contable del placer y displacer mundano, si bien apenas nada hay que apuntar en el haber del gozo, y casi todo ha de cargarse en los núme-

1. Esta frase pertenece no exactamente a *El árbol de la ciencia*, sino a *El mundo es así*. Ed. Austral, Espasa Calpe, Madrid 1973, p. 331.

2. Cf. *El gran torbellino del mundo*. Ed. Austral, Espasa Calpe, Madrid 1972, p. 84.

3. ORTEGA Y GASSET, *Ideas sobre Baroja*. Ed. Revista de Occidente, Obras, II, p. 85.

ros rojos del debe que es el dolor. Las obras de Baroja no tienen un «the end» feliz: «El hombre me parece la cosa más repugnante de este planeta», llega a decir⁴. La vida da al personaje su estacazo; luego, se marcha. Ya en su tesis doctoral tituló Baroja expresivamente lo que iba a caracterizar su novela: *El dolor*. Afírmase en ella que la vida normal no proporciona sensaciones bellas. Es más parecida, y eso cuando se vive a nivel profundo, al buho nocturno de Minerva, que sólo levanta el vuelo al anochecer.

Pero no nos demos por satisfechos. El dolor y el pesimismo son en Baroja elementos catárticos, aspiran no al regodeo masoquista, sino a la realización de ideales, imposibles por cierto. Si siguiésemos caminando en la historia de las ideas filosóficas, habríamos de acordarnos necesariamente de la sartriana «pasión inútil» que es el mundo, y del «hombre rebelde» de Camus (sí, sí: sabemos que Baroja estuvo algún tiempo irritado contra el existencialismo. Buena señal de su existencialismo). Hay que estar de acuerdo con Ortega, cuando afirma que «esas vidas (de los personajes barojianos), que son prácticamente fracasos y derrumbamientos, son moral y sentimentalmente victorias y gestos de ascensión. Al menos, para el gusto de Baroja y para el mío»⁵. Y en otro lugar añade en el mismo sentido Ortega: «Mirada desde sus resultados, la vida vagabunda e inadaptada es una cantidad negativa. Pero mírese a ella misma, al movimiento interior del espíritu, indócil, inquieto, arisco, exigente, que no se deja modelar por las imposiciones del medio, que prefiere ser fiel a su individual destino, aunque esto le cueste renunciar al triunfo en la sociedad. Al punto notamos la nobleza, la dignidad que hay en esa manera de enfrentarse con la vida»⁶.

La lectura dolorida de Baroja ha de completarse con una metalectura festiva y báquica. La impresión fatalista queda envuelta por una dulzura y una calma honradas, de clara ascendencia estoica: «Yo no sé si he hecho algo que valga la pena, pero en ciertas cosas me siento tranquilo. Creo que he luchado por la existencia con dignidad, sin aprovecharme de los demás», dirá Pío Baroja en su exilio francés de 1938⁷. Creemos que esa calma y esa desenfadada irrequietud de la obra barojiana bastarían para incluirle entre los más excelsos tratadistas de la *meditatio mortis*: «Uno tiene la angustia, la desesperación de no saber qué hacer con la vida, de no tener un plan, de encontrarse perdido, sin brújula, sin luz a donde dirigirse. Si la vida fuera tan fuerte que le arrastrara a uno, el pensar sería una maravilla, algo como para el caminante detenerse y sentarse a la sombra de un árbol, algo como penetrar en un oasis de paz; pero la vida es estúpida, y creo que en todas partes, y el pensamiento se llena de terrores como compensación a la esterilidad emocional de la existencia»⁸. No hay

4. Cf. *El tablado de Arlequín*, obra donde Baroja ha reunido la ideología de su juventud.

5. ORTEGA Y GASSET, *Ideas sobre Pío Baroja*, cit., p. 72.

6. *Ibid.*, pp. 72-73.

7. Prólogo de Pío Baroja a la *Vida de Pío Baroja*, de Miguel Pérez Ferrero. Novelas y cuentos, Madrid 1972, p. 12.

8. *El árbol de la ciencia*, p. 125.

entonces para Baroja más que dos soluciones: o la abstención y la indiferente contemplación, o la acción minoritaria. Es decir, que está bien el quiotismo contra una anomalía, pero no contra una regla general⁹. En otros términos: «Este mundo, como dice Heine, es un manicomio o un hospital: Ist sie ein Tollhaus oder Krankenhaus»¹⁰. Por doquier lo mismo en Baroja.

Y como el «principio de realidad», que diría Freud, prima sobre el «principio de placer», hay que aceptar que «ni los miserables se levantarán, ni resplandecerá un día nuevo, sino que persistirá la iniquidad en todas partes. Ni colectiva, ni individualmente, podrán libertarse los humildes de la miseria, ni de la fatiga, ni del trabajo constante y aniquilador»¹¹. He aquí un diálogo que hubiera irritado a Karl Marx:

«—¿No cree usted que vendrá la fraternidad?

—No.

—¿No se podrá conseguir que deje de haber explotadores y explotados?

—Nunca. Viviendo en sociedad, o es uno acreedor, o es uno deudor»¹².

Bien le hubiera gustado a Andrés Hurtado ser más optimista ante el futuro, pero «la verdad es que si el pueblo lo comprendiese se mataría por intentar una revolución social, aunque ésta no sea más que una utopía, un sueño»¹³. Y como muestra de lo brutal de ese elemento onírico, otro diálogo:

«—Se destruye un prejuicio, nace en seguida otro. No se puede vivir sin ellos... Se necesita alguna mentira para vivir, la República, la Anarquía, el Socialismo, la Religión, el Amor...

—¿Y qué remedio habrá entonces?

—Remedio, ninguno. El remedio está en la misma lucha; el remedio está en hacer que la sociedad se rija por las leyes naturales de la concurrencia. Lo que en castellano quiere decir: "Que a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga"¹⁴.

Ahora hemos virado insensiblemente unos cuantos grados por la carta navegatoria filosófica. Estamos recogiendo acentos de Stirner, más que de Sartre, de Schopenhauer más que de Nietzsche. Y estamos cerca de Stirner, porque estamos tocando el fondo del egoísmo, un «hecho natural,

9. *Ibid.*, p. 96.

10. *El gran torbellino del mundo*. Ed. Austral, Espasa Calpe, Madrid 1971, p. 145.

11. *Aurora roja*. Ed. Caro Raggio, Madrid 1972, p. 330.

12. *Ibid.*, p. 144.

13. *El árbol de la ciencia*, p. 95.

14. *Aurora roja*, p. 307.

una necesidad de la vida»¹⁵, como dijera también Stirner. Y añade Baroja: «¡Si nos dejaran!; el cazador que persigue zorras y conejos cazaría hombres si pudiera. Así como se sujeta a los patos y se los alimenta para que se les hipertrofie el hígado, tendríamos a las mujeres en adobo para que estuvieran más suaves. Nosotros, civilizados, hacemos jockeys como los antiguos monstruos, y, si fuera posible, les quitaríamos el cerebro para que tuvieran más fuerza, como antes la Santa Madre Iglesia quitaba los testículos a los cantores de la capilla sixtina para que cantasen mejor. ¿Es que tú crees que el egoísmo va a desaparecer? Desaparecería la humanidad»¹⁶. En cualquier caso, el egoísmo no es un *factum* moral vitando (máxime cuando Baroja es un anético visceral), sino el constitutivo formal del hombre al que la civilización debe más que a todas las religiones y utopías filantrópicas: el egoísmo ha hecho el sendero, el camino, la calle, el ferrocarril, el barco, todo¹⁷. ¿La bondad natural del hombre? Cuentos chinos. Todo lo natural y espontáneo del hombre es subversivo¹⁸, por eso lleva al lado lo antinatural, el gendarme¹⁹.

No podía ser otra cosa: de Stirner a Darwin, del egoísmo a la lucha por la vida. Pero atención: a la lucha por la vida de Huxley (perpetual gladiator's show), no a la lucha cooperativa de un Kropotkin²⁰. Vivir barojianamente es fagocitar. Ahí va esa larga y testificante cita: «Adaptando el principio de Fritz Müller de que la embriología de un animal reproduce su genealogía, o como dice Haeckel, que la ontogenia es una recapitulación de la filogenia, se puede decir que la psicología humana no es más que una síntesis de la psicología animal. Así se encuentran en el hombre todas las formas de explotación y de la lucha... Ahí tiene el ichneumon, que mete sus huevos en la lombriz y la inyecta una substancia que obra como el cloroformo; el sphex, que coge las arañas pequeñas, las agarrota, las sujeta y envuelve en la tela y las echa vivas en las celdas de sus larvas para que las vayan devorando, al spoliarium, que sirve de despensa para sus crías, los pequeños insectos, paralizados por un lancetazo que les dan con el aguijón en los ganglios motores; ahí está el estafilino, que se lanza a traición sobre otro individuo de su especie, le sujeta, le hiere y le absorbe sus jugos; ahí está el meloe, que penetra subrepticamente en los paneles de las ábejas, se introduce en el alvéolo en donde la reina pone su larva, se atraca de miel y luego se come a la larva»²¹.

El árbol de la ciencia no lo es del bien y del mal²², por cuanto es el árbol de la futilidad de la justicia. Justo es cuanto me conviene²³; mi de-

15. *El árbol de la ciencia*, p. 141.

16. *Ibidem*.

17. *Ibid.*, p. 198.

18. *Ibid.*, p. 98.

19. *Ibid.*, p. 218.

20. Algo hemos dicho ya en nuestro suplemento de «Cuadernos para el Diálogo», *Tres biografías*, 1973.

21. *El árbol de la ciencia*, p. 95.

22. *Ibid.*, pp. 139, 176.

23. *Ibidem*.

recho llega hasta donde la fuerza de mi brazo llega²⁴. Como judío, Benito Spinoza era partidario de la ley, siendo ésta la fuerza: fuerza de la ley, ley de la fuerza²⁵. Baroja ha querido escribir no un manual de derecho político, como dice Ortega de *Aurora roja*, sino más bien una *irrisio legis* parecida a la burla que de los filósofos hacían los apologetas cristianos. ¿Síndrome fascista, estigma anarquizante esta *irrisio*? Más bien, según creemos, espíritu nihilizante: «A medida que el hombre sube, los medios que tiene de burlar las leyes comunes se hacen mayores. Andrés pudo evidenciar que la fuerza de la ley disminuye proporcionalmente al aumento de medios del triunfador. La ley es siempre más dura con el débil. Automáticamente pesa sobre el miserable. Es lógico que el miserable, por instinto, odie la ley»²⁶. En otra obra, la misma cantinela: «Las leyes son como los perros que hay en el Tercer Depósito; ladran a los que llevan blusa y mala ropa»²⁷. Como para Pedro José Proudhon, Congreso, Parlamento y Senado son simiesco espectáculo:

«—Yo no he estado nunca en el Congreso (...).

—¿Vosotros habéis visto la jaula de monos del Retiro?... Pues una cosa parecida... Uno toca la campana, el otro come caramelos, el otro grita...

—¿Y el Senado?

—¡Ah! Esos son los viejos chimpancés..., muy respetables»²⁸.

Baroja, empero, no confundió nunca derecho y ley. La ley es convención, el derecho es naturaleza²⁹. Buen sofista —sofista bueno—, reconoce el dilema *nomos-fisis*. Un dilema sin componenda en Baroja.

Y pese a que Baroja nunca fuera un revolucionario, sino un buen liberal con su anticlericalismo ergotizante y su panadería rentable, reconoce, por esta proximidad a la sofística más noble, la presencia del fenómeno revolucionario anarquista, y en él la fuerza del derecho mediante la superación de la ley. Los diálogos de *Aurora roja* son la quintaesencia de un mundo mejor anárquico (sin *arjés*), un futuro armónico y libre:

«—Con la anarquía ya no habrá holgazanes, dijo Prats.

—¿Y por qué no?

—Porque no; porque la holgazanería es un producto de la organización social de hoy; suprime usted ésta, y ya no habrá holgazanes.

—¿Por qué no?

—Porque nadie tendrá interés en no trabajar, como no habrá avaros tampoco (...).

24. *Aurora roja*, p. 306.

25. *El gran torbellino del mundo*, p. 205.

26. *El árbol de la ciencia*, p. 222.

27. *Aurora roja*, p. 120.

28. *Ibid.*, p. 163.

29. *Ibid.*, p. 121.

—¿Y el que guarde dinero? —preguntó el jorobado.

—No habrá dinero, ni propiedad, ni guardias para vigilar la propiedad.

—¿Y los ladrones?

—No habrá ladrones.

—¿Y los criminales?... ¿los asesinos?

—No habrá criminales. Sin propiedad no hay ladrones, ni gente que asesine para robar.

—Pero hay hombres que asesinan porque tienen mala sangre desde chicos.

—Esos son enfermos, y hay que curarlos.

—¿Entonces, las cárceles se convertirán en hospitales?

—Sí (...).

—Bueno —replicó Rebolledo—; pero aun suponiendo que el inventor no sea superior al zapatero, dentro de los inventores habrá uno que invente una máquina importante y otro que haga un juguete, y uno será superior a otro.

—No, porque la idea de categoría habrá desaparecido»³⁰.

Por los textos de Baroja desfilan los anarquistas sin estrambotes: Kropotkin, para quien la anarquía es amor y no odio, razón más que violencia³¹, Sebastián Faure el brillante, y Reclus el apóstol geógrafo, Grave y Tolstoi, los pacifistas populistas, Tarrida de Mármol y Malatesta, sus amigos de Londres incomprendidos por los demás³², Proudhon el enfant terrible, el apocalíptico Bakunin, que por boca de un personaje veía en la cuestión social no una cuestión de jornales, sino de dignidad humana y de liberación del hombre³³. Las figuras anarquistas de Baroja se agigantan en comparación con los socialistas. Son hombres buenos, hombres de derechos —que no de leyes—; hombres de organización comunista reglamentada, no, sino hombres libres sobre el libre parentesco de amor al derecho³⁴. Dice uno de sus personajes: «Yo no creo que deba haber reglamento; basta un lazo de unión... Yo soy enemigo de todo compromiso y de toda Asociación que no esté basada en el libre acuerdo. ¿Vamos a comprometernos a una cosa y a resolver nuestras dudas por el voto? ¿Por la ley de las mayorías?»³⁵.

¿Es que Baroja fue anarquista? Acaso sentimentalmente, pero con un sentimentalismo utópico, consciente de su imposible implantación. Esa nostalgia utópica en un mundo irreal anhelado y nunca realizable le lleva a fustigar con gran crueldad las formas usuales de anarquía. En la obra de don Pío hay más críticas juntas al anarquista vulgar —y al culto «puro»—

30. *Ibid.*, pp. 123-125.

31. *Ibid.*, p. 255.

32. *El árbol de la ciencia*, p. 234.

33. *Aurora roja*, p. 257.

34. *Ibid.*, p. 256.

35. Cf. la presencia de Louise Michel en Baroja.

que en ningún otro noventayochista. Veamos cómo «repara» los tópicos libertarios el escritor vasco:

Tópico uno: carácter religioso de la anarquía. He ahí unas citas: «Creían en la Anarquía como en la Virgen del Pilar»³⁶, «como si llevara el sancta sanctorum de la anarquía»³⁷, «los anarquistas esperaban la revolución como los antiguos el santo advenimiento, como un maná, como una cosa que vendría sin esfuerzos pesados y molestos... esa revolución providencial de los anarquistas, que es una cosa como los polvos de la Madre Celestina, para traer la felicidad al mundo»³⁸, «en vez de citar a Santo Tomás, citaban a Kropotkin o a Juan Grave; definían lo lícito y lo ilícito, tenían la exclusiva de la buena doctrina; sólo ellos despachaban en su tienda el verdadero paño anarquista»³⁹.

Tópico dos: carácter terrorista-ravachôliano de la anarquía, expresado en estos versillos galos:

«Dame dynamite
que l'on danse vite
chantons et buvons
et dynamitons
dynamite, dynamite
dynamitons»⁴⁰.

Y ahora en prosa: «Ustedes no admiten más que la propaganda individual por la idea o por el hecho. La propaganda de la idea es, al cabo de poco tiempo, para un señor que hace un periodiquito, un buen negocio, y la propaganda por el hecho es sencillamente un crimen»⁴¹. El resumen sería éste: «Un anarquismo del arroyo... predicaba la destrucción sin idea filosófica fija»⁴².

Tópico tres: acientificidad del socialismo libertario ácrata: «En todos ellos se leía cierta alegría de jugar a revolucionarios»⁴³. Vemaso cómo:

«—¿Anarquista quizá?
—Sí, me es más simpática la anarquía que el socialismo.
—¡Claro! Como es más simpático para un chico hacer novillos que ir a clase»⁴⁴.

Tópico cuarto: determinismo geográfico del anarquismo: «El español es anarquista porque es perezoso; tiene todavía la idea providencial; es anar-

36. Sobre este tópico, cfr. el prólogo de Gómez Casas a *El proletariado militante*, de Anselmo de Lorenzo, Ed. Zero, Madrid 1974.

37. *Aurora roja*, p. 251.

38. *Ibid.*, p. 218.

39. *Ibid.*, p. 220.

40. *Ibid.*, p. 164.

41. *Ibid.*, p. 219.

42. *Ibid.*, p. 116.

43. *Ibid.*, p. 115.

44. *Ibid.*, p. 142.

quista como mañana lo será el moro. Yo creo que para los meridionales, para todos estos mediterráneos medio africanos, lo mejor sería un gobierno dictatorial, fuerte»⁴⁵. «Pero hay anarquistas alemanes. —Sí, como hay naranjas en Inglaterra y abetos en España»⁴⁶.

Tales tópicos, usados en la obra de Pío Baroja en calidad de rasgos esenciales del anarquismo, dan como resultado la muerte de la esperanza alimentada por el mismo anarquismo. La idea anarquista —dice el autor de *Aurora roja*— iba perdiendo su virulencia rápidamente, y ya, al menos entre los obreros, no asustaba a nadie. El mismo radicalismo de las teorías fatigaba a la larga, se llegaba en la anarquía pronto al fin, y el fin era un dogmatismo como otro cualquiera⁴⁷, una esperanza más que se hacía desesperanza. Añadamos a esta desesperanza la otra, la de que «como es natural y frecuente entre sectarios de ideas afines, socialistas y anarquistas se odiaban, y, como en el fondo, y a pesar de los nombres pomposos, la evolución de las ideas en los dos partidos era bastante superficial, unos y otros se insultaban en las personas de sus respectivos jefes, que eran unos buenos señores que, convencidos de que el divino papel que representaban era demasiado grande para sus fuerzas, hacían lo posible para sostenerse en el pedestal en que estaban subidos»⁴⁸.

De este modo, la admiración personal a los personajes libertarios se pierde cuando lo libertario pretende ser modelo social o colectivo: «Yo prefiero obedecer a un tirano que a una muchedumbre; prefiero obedecer a la muchedumbre que a un dogma. La tiranía de las ideas y de las masas es, para mí, la más repulsiva»⁴⁹. Ya salió el intelectual, un intelectual que vive en el nimbo de los puros, que está a disgusto con el mundo, pero que no desea el socialismo libertario (mucho menos el colectivista marxista), y que sin embargo escribe con cierto regusto —esta vez masoquista— que «no está la felicidad en las alturas»⁵⁰. Cuando todo resulta flácido y trivial, cuando la banalidad se apodera de la existencia mundana, no caben más que dos soluciones para don Pío, como decíamos: o el quijotismo colectivo del socialismo, que niega, o la rebelión desesperanzada y unipersonal, sin nexos orgánicos en la praxis. Es el camino de Baroja. Hubiera podido seguir sólo otro camino, que sin embargo no entra en sus cálculos: el de afirmar que su reino no era de este mundo, para darse a una utopía transterrena y superadora de este valle de lágrimas. Tampoco esto era solución para el escritor vasco. En lugar de comportarse como *struggler for life*⁵¹, prefiere dolerse dulcemente en las auras de lo imposible, rebelarse *in corde*. Y escribir, escribir mucho. Es el destino de los Amiel implantados en una vida que no les gusta pero que no niegan en la vida misma, sino en los

45. *Ibid.*, p. 146.

46. *Ibid.*, p. 145.

47. *Ibid.*, p. 219.

48. *Ibid.*, p. 223. Cf. las relaciones de Baroja con Lerroux. ¿Habla de él?

49. *Ibid.*, p. 305.

50. *Paradox, rey*. Ed. Austral, Madrid 1966, p. 101.

51. *Mala hierba*. Ed. Caro Raggio, Madrid 1972, p. 71.

libros. Creo que sería imposible decirlo mejor que lo hiciera Ortega: «Uno de los contadísimos escritores a quien Baroja admira es Nietzsche. ¿Por qué? ¡Es tan raro que Baroja admire! Pues se debe a que Nietzsche ha descubierto el «ideal del superhombre», que, en su opinión, es el «carnívoro voluptuoso errante por la vida». Esto quisiera ser Baroja, y ya que no lo es, sino todo lo contrario, un asceta calvo, lleno de bondad y de ternura, que deambuló calle de Alcalá arriba, calle de Alcalá abajo, aspira a completarse construyendo personajes que se parezcan a su ambición... Las simpatías que ha mostrado hacia el anarquismo proceden de la misma raíz»⁵².

¿Es honrado predicar sin dar trigo? En todo caso Baroja se defiende de entrada: «No he adulado nunca a nadie y menos al pueblo»⁵³, frente a lo que han hecho otros. Baroja se contentó con soñar en sus novelas los personajes que le hubiera gustado encarnar. Aproxímase así a la *nivola* unamuniana. Son personajes nihilizadores (nietzscheanos, camusianos, protagonistas, cínicos en el buen sentido), mientras el autor se destierra, o mejor, se transterra voluntariamente y se consume de escepticismo: «Ahora mismo, ya viejo, en un momento en que todo se lo ha llevado la trampa, he conservado la serenidad, y al ver que el barco donde uno navega se hunde, va contemplando cómo va subiendo el nivel de agua en la sentina»⁵⁴. Hay que admirar a Baroja por esta sangre fría al menos, llevada a sus últimas consecuencias en un cementerio civil por voluntad propia. Kant ha reaparecido: Dios, alma, mundo, son simples postulados de la razón práctica, ideas heurísticas de la razón teórica. Mas frente a la inconsecuencia de una vida pietista como la kantiana, ofrece Baroja el desgarrado y corajudo espectáculo de morir en pie, como los árboles, esperando el último hachazo de la parca.

Baroja filósofo es como decir Baroja nihilista, por cuanto no supo vencer el paso de lo heurístico a lo práctico. Por eso es también Baroja una filogénesis de la filosofía, ya que en él se dan recapituladas ontogenéticamente las líneas maestras del pensar y del hacer del hombre. Pese a que no se puede leer a un literato en filósofo, a Baroja no se le puede leer sino como filósofo nato.

CARLOS DIAZ

52. ORTEGA Y GASSET, *Una primera vista sobre Baroja*. Ed. Revista de Occidente. Obras completas, II, pp. 113-114.

53. Prólogo de Baroja al libro de Pérez Ferrero citado, p. 12.

54. *Ibidem*.